

## **LA IGLESIA Y SU ESTRECHA RELACIÓN CON EL MINISTERIO APOSTÓLICO.**

Lo que nosotros estamos haciendo en este tiempo, no es un nuevo movimiento, ni mucho menos buscamos convertirnos en una nueva denominación. No queremos convertirnos en una institución más que hable de Cristo, no queremos competir con nadie, ni mucho menos causar divisiones en el Cuerpo de Cristo. Gracias a Dios tampoco provenimos de una división, sino que ya llevamos buenos años sirviendo al Señor con limpia conciencia. Lo que queremos hacer no es menos, ni más, que aquello que el Señor quiera que hagamos: “Edificar Su Iglesia”. El Nuevo Pacto, el Evangelio, y la Iglesia deben satisfacer en primer lugar el corazón de Dios, y en un segundo plano nosotros también obtenemos un beneficio al ser parte de ello. Todo fue creado por Dios con la intención de llenarlo Todo de sí mismo.

En esta ocasión hablaremos del origen de la Iglesia orgánica y su relación con el Ministerio apostólico. Hoy en día cuando se habla de Iglesia, a las personas se les vienen muchos pensamientos a la mente, pero los dos más comunes son los siguientes: “Iglesia es un edificio físico donde nos reunimos periódicamente para tener cultos a Dios”; y para otros, “la iglesia es un movimiento o una institución cristiana identificada por un nombre”. Para la gran mayoría de personas, según la tradición, el significado de Iglesia no trasciende de estos dos pensamientos. Ahora bien, según la Biblia, el significado y la connotación de la palabra “Iglesia” tiene un significado muy distante a nuestro contexto cultural.

El Evangelio del Señor está diseñado para que nosotros seamos parte de la Iglesia, el problema es que nosotros ya por tradición tenemos un concepto errado de lo que significa la Iglesia, y por ende, perdemos mucho de lo que Dios tiene planeado darnos. Hoy en día muchos tienen el deseo de ser cristianos pero no quieren saber nada de la Iglesia; esto no es algo que se pueda dar, no se puede ser “cristiano” sin ser parte de una Iglesia Local. Como cristianos podemos estar fuera de la religión, pero no fuera de la Iglesia. Es necesario, pues, que redefinamos qué es la Iglesia, porque al estar fuera de ella nos morimos. La Iglesia es como el arca de Noé, los que están adentro de ella se salvan, pero los que se quedan afuera se mueren. La Iglesia es nuestra arca de salvación, por lo tanto, tenemos que estar seguros que somos parte de la Iglesia.

Para entender bien qué es la Iglesia, necesitamos saber que su naturaleza es orgánica, y que guarda una estrecha relación con el ministerio apostólico. Si entendemos estos puntos fundamentales, vamos a conocer a Dios, y lo concerniente a Su Iglesia de una manera amplia.

**CUANDO HABLAMOS DE LOS ORÍGENES DE LA IGLESIA, HABLAMOS DE LA PERSONA MISMA DEL SEÑOR JESÚS.**

La mayoría de personas cuando piensan en una Iglesia, no dejan de enfocar al hombre que está al frente de un grupo “X”. Obviamente, hay hombres que tienen dones muy tremendos, y fundan Iglesias basados en su don. Pero debemos preguntarnos: ¿Deber ser el fundamento de la Iglesia el don de una persona?. Yo quiero retarlos a que olviden por un momento todo lo que saben sobre la Iglesia evangélica, y/o de cualquier otra denominación, y en lugar de ello dejemos que la Biblia nos enseñe.

Para tener un parámetro certero de lo que es la Iglesia, nos es necesario regresar a sus inicios, son ya casi veinte siglos de historia desde que surgió en Jerusalén después de la ascensión de nuestro Señor Jesucristo. La Iglesia empezó bien, en sus inicios fue lo que Dios quería, pero en algún momento de la historia empezó a degradarse, los hombres la manipularon, cambiaron su naturaleza orgánica y la convirtieron en un sin número de organizaciones religiosas. Si hacemos un viaje de retorno en el tiempo a los orígenes de la Iglesia, inevitablemente nos daremos cuenta que se originó en una persona: Nuestro Señor Jesús. El origen de la Iglesia es

Cristo, la Iglesia no se trata de una organización religiosa, se trata de una persona. La Iglesia surgió en el Nuevo Pacto, y el Nuevo Pacto surgió cuando Dios se hizo carne, cuando Él nació en Belén. Dice Juan 1:14 **“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros...”** Etimológicamente pudiéramos traducir este verso de la siguiente manera: **“Y Aquel Verbo fue hecho carne, y tabernaculizó entre nosotros...”** quiere decir que Cristo vino a ser el nuevo tabernáculo de Dios, ya no más un Templo físico, sino que Dios hizo de Cristo, Su casa. En una ocasión los judíos le dijeron al Señor: **“¿Qué señal nos muestras, ya que haces esto? Respondió Jesús y les dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Dijeron luego los judíos: En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú en tres días lo levantarás? Mas él hablaba del templo de su cuerpo”.** (Juan 2:18–21). El Señor Jesús nos enseñó que debíamos cambiar nuestra manera de pensar, nos dijo claramente que Dios ya no buscaba más templos físicos, sino que en el Nuevo Pacto Él era el Templo. En este tiempo hemos abandonado ésta enseñanza del Señor, estamos nuevamente como los judíos, creyendo que el Templo de Dios es un edificio físico.

Hoy en día la mayoría cree que la Iglesia es la institución religiosa a la que pertenecen, pero eso no es la Iglesia; si retrocediéramos 500 años quizás pensaríamos que los “Luteranos” son la verdadera Iglesia, pero tampoco ese movimiento fue la Iglesia; y si fuéramos vamos 1500 años atrás probablemente creyéramos que la Iglesia Católica es la Iglesia, pero tampoco a eso le podemos llamar la Iglesia. Al ver la Iglesia en la historia nos desviamos de lo que ella es en esencia, sólo yendo al origen entendemos realmente que la Iglesia no se trata de una organización, sino de una persona.

La verdadera Iglesia es Cristo mismo, hay una unión indivisible entre ellos que no se puede romper. El Señor Jesucristo se amalgamó a la Iglesia eternamente. En la última cena que el Señor tuvo con sus discípulos, **“mientras comían, tomó Jesús el pan, y bendijo, y lo partió, y dio a sus discípulos, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo. Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados”** (Mateo 26:26–28). El apóstol Pablo explica claramente este pasaje en **1 Corintios 10:16 “La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? v:17 Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan”.** El Cuerpo de Cristo somos nosotros los creyentes, la Iglesia. ¿Podemos separar a Cristo de Su Cuerpo mismo? ¡Imposible! Podemos concluir sensatamente, usando La Escritura, que la Iglesia es la persona misma de Jesús.

Ciertamente el Señor Jesús ascendió a los cielos, pero también cumplió Su promesa que habría de venir como Espíritu vivificante. Él les dijo a los discípulos: **“Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré”** (Juan 16:7). Al creer en Cristo, Su Espíritu entra en nosotros, y por lo tanto, nos hace participantes de Su naturaleza. Antes de ir a la cruz, el Señor sólo tenía su cuerpo “individual”, pero cuando Él ascendió tuvo el poder de volver a descender a la tierra como el Espíritu vivificante, y tomar en sí mismo a todos los que creyeran en Él, en otras palabras, Cristo se hizo de todos los creyentes un Cuerpo múltiple. El apóstol Pablo nos enseña abundantemente en sus cartas que somos el Cuerpo de Cristo, él tuvo la revelación de que Cristo era la Iglesia.

Según el apóstol Pablo, **“la Iglesia es Su Cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo”.** (Efesios 1:23). Cristo lo llena todo, ¡sí! porque en el cielo está como un hombre con un cuerpo glorificado que está sentado a la diestra del Padre, pero también ese Cristo está en la tierra en Su Cuerpo múltiple conformado por todos aquellos que creen en Él. No podemos ser livianos a la hora de definir qué es la Iglesia; No podemos decir con simpleza que la Iglesia es

el local donde nos reunimos, así sea lo más lujoso que haya en el mundo. Tampoco podemos decir que la Iglesia es un movimiento religioso inventado por hombres. Por muy santos, y por muy buenas intenciones que tengan los hombres, no tienen derecho de usurpar la Iglesia bajo un “nombre X”. No podemos hacer uso del Cuerpo de Cristo y convertirlo en conceptos humanos. La Iglesia no es de los hombres, la Iglesia es de Cristo; a Él le plugo habitar en los hombres para consolidar por medio del Espíritu Santo Su Cuerpo múltiple.

Permítame resumir todo lo dicho anteriormente en el siguiente pensamiento: *“La Iglesia es la extensión y expresión de Cristo en la tierra por medio de los creyentes que Él ha engendrado por Su Espíritu. Cuando los santos están en unidad en el Nombre del Señor pueden vivir la Vida de Iglesia en cada comunidad, y expresar a Cristo mismo”*.

Cuando yo llegué a El Salvador a fungir como “pastor evangélico”, bajo la cobertura del apóstol Ríos (de Guatemala) me topé con un problemita. La denominación del apóstol Ríos en Guatemala se llamaba “Elim”, sin embargo, en El Salvador ya había una denominación con ese “nombre”, así que no pudimos seguirnos llamando de esa manera. Anticipadamente a mi llegada, ya habían en El Salvador otros dos hermanos provenientes de “Elim” Guatemala, que habían establecido Sus propias “iglesias”. Uno de ellos le había puesto a su iglesia el nombre de “Nuevo Pacto”, y otro le había puesto “Maranatha”. Yo llegué a cubrir a Santa Ana una de las Iglesias que se denominaban “Maranatha”. Pasaron los años, y crecimos numéricamente. En una ocasión llegó el apóstol Ríos a visitarnos, y me preguntó por qué razón yo seguía llamándole a la Iglesia “Maranatha”. Él me ordenó que le cambiara nombre a la Iglesia, y estuve esperando que Dios me revelara qué nombre le debería poner, sin embargo, tal revelación nunca llegó. En aquel tiempo no tenía la revelación del Cuerpo de Cristo, y mucho menos pensaba en abandonar la denominación a la que por tantos años había pertenecido. Al no tener respuesta del Señor, en algún momento, sentí atracción en mi alma para utilizar el nombre “*Rhema*” (que significa “palabra”), de modo que cambié los rótulos de “*Maranatha*”, y les puse “*Iglesias de Cristo Rhema*”. Ponerle nombre a una Iglesia, en el fondo conlleva la intención de resaltar al hombre que la fundó; cuando la gente leía en los rótulos “*Iglesias de Cristo Rhema*”, rápidamente lo relacionaban con Marvin Véliz. Un día Dios me derribó esa doctrina, entendí que la Iglesia tiene un origen, que no es una institución, sino que es una entidad orgánica, es Cristo mismo. La Iglesia por lo tanto, no necesita un Nombre, porque ya tiene un Nombre que la representa: “Cristo”.

Cuando hablamos de Iglesia, es necesario también saber que es un organismo al cual no lo podemos desvincular de la persona del Señor. No podemos separar a Cristo, y a la Iglesia, son lo mismo. La Biblia dice claramente que Cristo es la cabeza del Cuerpo que es la Iglesia (*Efesios 5:23*). En lo natural sabemos que es imposible pensar en un cuerpo vivo sin cabeza, lo mismo es Cristo y la Iglesia son una misma entidad. Dios quiso hacerse uno con nosotros, es también la misma figura del matrimonio: *“se unirá el hombre a su mujer y serán una sola carne”*. Los apóstoles, a través de estas figuras nos dijeron abundantemente que Cristo y la Iglesia es una entidad indivisible.

Cuando hablamos de Iglesia no podemos pensar en nosotros mismos, ni en intereses propios, más bien debemos pensar que somos una comunidad de creyentes que nos debemos enteramente al Señor. Los miembros de nuestro cuerpo físico siempre están a disposición de la cabeza, la misma actitud debemos tener nosotros para con el Señor. Si somos miembros del Cuerpo de Cristo reunámonos con nuestros hermanos, y sirvámosles porque ellos son Cristo mismo. No debemos reunirnos para obtener algo, o para sentir alguna unción especial, o algún milagro, debemos congregarnos con el propósito de funcionar como miembros de Su Cuerpo, con la intención de ser Uno en Él. A Dios le plugo compartir Su naturaleza orgánica con nosotros, por lo tanto, no debemos convertirnos en una institución a nuestro gusto. ¡Oh!, cuánto ofendemos a Dios cuando decidimos ponerle un “nombre” a la iglesia.

No podemos cambiar la naturaleza orgánica que Dios quiso darle a la Iglesia, y convertirla en una organización religiosa. ¿Acaso nosotros en algún momento tratamos a nuestros hijos como que fueran objetos, o como que fueran artículos de inventario? A nuestros hijos por muy pequeños que sean los tratamos como personas. No tenemos el derecho de convertir la Iglesia en números de personas, ni en edificios, ni en una organización representada por un nombre y un lema. De generación en generación los líderes hemos venido pecando, hemos hecho de la Iglesia nuestra misión; bendita revelación que nos está abriendo los ojos para darnos cuenta que hemos errado. Pero los miembros también han pecado, se han jactado de pertenecer a “X” iglesia, se han enorgullecido de sus líderes, han saciado con todas estas cosas su corazón idolátrico. Dice *1 Corintios 1:3* **“porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres? v:4 Porque diciendo el uno: Yo ciertamente soy de Pablo; y el otro: Yo soy de Apolos, ¿no sois carnales? v:5¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores por medio de los cuales habéis creído; y eso según lo que a cada uno concedió el Señor. v:6 Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios. v:7 Así que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento”**. El apóstol Pablo exhortó a los hermanos de Corinto a que no idolatrasen a los hombres a los que Dios les había dado algún ministerio; tal consejo también aplica para nosotros, no idolatremos a nadie en nuestro corazón. Por otro lado, si alguien tiene algún ministerio de parte del Señor, busque darse en ofrenda a Dios, déjese quebrantar, conságrese, y hágase el más pequeño de sus hermanos. En la Iglesia el único que merece honor es Dios, Él es quien da el crecimiento; todos tenemos que ser responsables de funcionar según la gracia que nos ha sido dada a cada uno. Yo como apóstol haré mi labor entre las Iglesias, lo que no pretendo, ni busco es hacerlo todo yo solo. No pienso más dedicarme a fundar iglesias evangélicas, sino Iglesias orgánicas conforme al corazón de Dios. Si todos nos disponemos a hacer nuestra parte, no seremos una iglesia institucional más, seremos la expresión y la extensión de Cristo en nuestra localidad.

La verdadera Iglesia aparece en una localidad cuando los creyentes se reúnen en el Nombre del Señor para lo siguiente:

- 1) Buscar comunión con los santos
- 2) Buscar la unidad con los hermanos
- 3) Amar a los santos
- 4) Servir a los hermanos

De nuestra propia humanidad no podemos cumplir éstas cosas, pero sí debemos tener disposición para que la gracia de Dios actúe en nosotros, y así armonicemos orgánicamente. De forma natural somos envidiosos, rencorosos, individualistas, orgullosos, pero si le permitimos a la Vida divina que opere en nosotros, seremos miembros funcionales, que a la hora de reunirnos dos o tres en el Nombre del Señor, lo vamos a manifestar a Él.

Para empezar, debemos congregarnos, debemos pagar el precio de reunirnos, y ya estando juntos debemos procurar estar en comunión con todos los santos. La Iglesia no surge en una multitud que llega a escuchar la prédica y unos cuantos coros; la verdadera Iglesia surge cuando dos o tres buscar estar juntos y en armonía. Las iglesias locales del principio no le dieron un gran realce a la predicación; la razón era sencilla, los apóstoles no podían cubrir los cientos de iglesias que iban surgiendo. Las iglesias del principio no fueron como las de ahora, que cada una tiene un predicador, ellos no se reunían para escuchar un mensaje, se reunían para ser la Iglesia de Cristo. El fin de asistir a las reuniones no debe ser escuchar a un buen orador, sino estar en comunión con los hermanos para ser una verdadera Iglesia. No estamos despreciando los ministerios de la palabra, al contrario, debemos apreciarlos, sólo que no deben ser ellos el centro de las reuniones. Muchas veces traerá más edificación un abrazo de un hermano sencillo, o tres palabras de ánimo dichas por alguien, que un gran mensaje. Dejemos que los ministros capaciten doctrinalmente, pero entre los santos busquemos estar

en comunión. Ya dejemos esa costumbre evangélica de salir de las reuniones sin saludar a nadie, al contrario debemos vitalizar ese tiempo porque es pivote para una iglesia orgánica. Soportemos las deficiencias de los hermanos; soportemos un café no muy bien preparado que alguien nos ofrezca porque no es lo importante el café, sino la comunión.

También dediquémonos a amarnos los unos a los otros. El ser humano no puede amar, por naturaleza es egocéntrico, mezquino, busca lo suyo. Es muy común que las parejas se digan el uno al otro: *“yo sin ti me muero”*; pero no es cierto, si uno de ellos fallece, pasan los años y el que quedó vivo no se muere, al contrario, no tardará mucho para encontrar otra persona con quien estar. Nosotros no podemos amar ilimitadamente, la única manera que tenemos para amar sin interés alguno es poseer la Vida de Cristo. Dice *1 Juan 4:19 “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero”*. Tenemos este gran recurso divino a nuestro favor, poseemos la Vida de Aquel que nos amó primero. Sólo teniendo la Vida de Cristo podemos amarnos profundamente al punto de dedicarnos a servirnos los unos a los otros.

Procuremos éstas cuatro cosas al estar con los santos: Estar en comunión, en unidad, amándonos y sirviéndonos los unos a los otros, entonces seremos una Iglesia verdadera, que expresa y manifiesta a Cristo.

Finalmente, hilvanemos lo dicho anteriormente con la relación que la Iglesia debe tener con el Ministerio apostólico.

El Señor Jesús en la última cena, estando con los doce les dijo que Él era el Nuevo Pacto, y que ellos eran Su Cuerpo. Ahora bien, cuando el Señor (el Espíritu Santo) vino sobre ellos en pentecostés, no solamente estaban los doce apóstoles en el aposento alto, sino habían ciento veinte hermanos reunidos. Aquella experiencia fue para todos, pero orgánicamente la condujeron los apóstoles; Hechos 2 dice que Pedro se puso de pie, y empezó a predicar, es decir, empezó a fungir como un apóstol para la Iglesia. El ministerio (o servicio) de los apóstoles es como la labor que una nodriza hace con un niño recién nacido, lo cuida y lo nutre en ausencia de sus padres. Un niño recién nacido no puede valerse por sí mismo, necesita de sus progenitores, y en todo caso éstos falten, necesita de una nodriza que lo cuide y lo sustente. Lo mismo sucede con la Iglesia, el Señor Jesús, quien nos engendró ascendió a la diestra del Padre, pero en su ausencia “física” dejó a los apóstoles para que hagan una labor a manera de “nodrizas” espirituales. El ministerio apostólico surge cuando una Iglesia es niña, cuando no ha madurado. Las Iglesias necesitan estar en asociación con un ministerio apostólico, es más, todas las iglesias locales tienen el derecho de probar y juzgar a los que se dicen ser apóstoles y no lo son. De igual manera los apóstoles tienen el derecho de juzgar a las iglesias según el recibimiento que les den, y dependiendo de ello pueden decir: “Paz a vosotros”, o bien pueden sacudir el polvo de sus pies y salir de esa ciudad.

Toda Iglesia local, indispensablemente, debería estar en asociación con un ministerio apostólico. El Nuevo Testamento está atiborrado de la relación que las iglesias del principio tuvieron con los apóstoles. Nunca vemos en la Biblia una Iglesia local separada de la comunión con los apóstoles. Hoy en día ha surgido la tendencia de creer que las familias pueden reunirse y ser iglesias. Esta es una verdad a medias, porque sí es cierto que la Iglesia puede surgir en una casa de una localidad, pero debe buscar la comunión con un ministerio apostólico. Hay tres opciones que podemos tomar como iglesias: 1) Unirnos a un movimiento denominacional, 2) Ser iglesias independientes: que tal concepto es casi sinónimo de no querer estar bajo autoridad de nadie, y 3) Buscar la comunión con un apóstol.

Una iglesia orgánica no puede estar al amparo de lo no orgánico. La Iglesia no puede ser tratada como una empresa, sino debe tratarse como una entidad viviente. La Iglesia no necesita formatos, ni estatutos, ni calendarios empresariales, lo que necesita es una nodriza

espiritual, el cuidado de un ministerio espiritual que la ayude a desarrollarse orgánicamente. Para esta labor Dios constituyó a los apóstoles, así lo dice *1 Corintios 12:28* **“Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles...”**, vemos pues, que lo que una Iglesia necesita en primer lugar no son “pastores”, tal como nos lo enseñó la religión evangélica, sino apóstoles. Aunque las iglesias necesitan de otras ayudas ministeriales, lo primordial son los apóstoles.

A los apóstoles Dios los llamó para dispensar el misterio de Cristo y la Iglesia, todo verdadero apóstol debe tener en perspectiva realizar esta labor. La Iglesia necesita de los apóstoles para ir adquiriendo cada vez más, un mayor grado de revelación acerca del misterio de Cristo. Pueden haber otros ministerios que bendigan a la Iglesia con palabra, pero en cuanto a la revelación del misterio de Cristo, son los verdaderos apóstoles los que lo podrán dispensar con más perspicacia. De esta cuenta es que dijo el apóstol Pablo: **“edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo”** (*Efesios 2:20*). Es necesario entender cómo funciona este organismo llamado Iglesia, no debemos hacer de ella lo que nosotros pensamos, o queremos, sino que debemos edificarla en el fundamento adecuado.

Hermanos amados, en términos generales lo que hoy en día se conoce como Iglesia, no es más que el resultado de querer ser iglesias despreciando el ministerio apostólico. No basta solo con la “buena intención” de querer ser iglesias; no se trata de tener grandes “templos”, no se trata de tener un “nombre” de prestigio que nos identifique, se trata de ser iglesias conforme al corazón de Dios, y para ellos Dios primero dejó apóstoles.

Paremos, hagamos un alto en este camino generacional que ha deformado a la Iglesia de Cristo, volvamos al fundamento apostólico, probemos con La Escritura a los que se dicen ser apóstoles, y cuando hallemos a uno que sea genuino, caminemos en asociación con él.